

IMPRESIONES DEL BERLIN ORIENTAL

Con el título de "Berlín, Cuba al revés", publicó la revista SIC de Caracas en su número 252 el informe de un jesuita que visitó por curiosidad el Berlín oriental. He aquí un resumen de sus impresiones.

"Los que habitan una Isla, no deben hacer del mar un enemigo", nos decía uno de los numerosos cartelones que ilustran desde territorio rojo las entradas y salidas de Berlín. El mar comunista abarca a Berlín Occidental con 110 kilómetros de alambrada y 43 kilómetros de muro. Varias veces me he detenido junto a estas fatídicas "playas" donde acaba Berlín. Mas de una vez he podido pasar al lado de allá, con la intención de ver cómo vivían, pensaban los hombres del otro lado, mis hermanos. Los que viven allí a la fuerza, porque son dignos de compasión. Y los que viven a gusto, porque son aún más dignos de lástima.

La comparación con Cuba es obvia. Cuba está rodeada de libertad por todas partes. Berlín rodeado de opresión por todas partes, alimentado artificialmente por tres corredores aéreos, tres autopistas, tres líneas de ferrocarril y un canal que le comunican con la República Federal. Una situación tensa aun en los rostros más optimistas. El berlinés, descuidado y humorista, con tradición secular de no tomarse a sí mismo demasiado en serio, era el hombre indicado para llevar con garbo esta cruz y esta larga corona de espinas de 153 kilómetros. Porque el muro tiene, además, alambradas dobles, triples cuádruples, enrolladas sobre sí mismas que escalan los tejados de las casas, corren sobre ventanas y puertas absurdamente cegadas, enmarcan desiertas azoteas... Este es el mar que rodea a Berlín: un mar de piedras y de acero, de púas y cemento.

LA TRAGEDIA DEL MURO.

Con ser tan grande la tragedia humana del Berlín dividido, hay otra tragedia mayor, que se vive como en ninguna parte en Berlín. No es ya el drama de dos sistemas, de dos concepciones de vida distintas. Es el muro que ha caído entre los hombres que les impide entenderse. Hasta el alemán que se habla del otro lado parece distinto. Se entra en una de las grandes librerías de Berlín Oriental —Alexanderplatz, Librería de la Universidad...— y aun los expertos se encuentran, de momento, per-

didados. No hay ni un solo libro de los de la otra parte. Se pregunta por los "clásicos" y le llevan a uno al estante de Lenin y Marx. Todas las obras de economía, pedagogía, historia, de profesores mundialmente conocidos de la Alemania Occidental son absolutamente ignoradas. Aun aquellas que ni de lejos serían un peligro para el régimen imperante de este lado. Afuera, por todas partes los cartelones con motivos propagandísticos: Bonn es el causante de la división de Alemania, Adenauer sigue la línea de Hitler, Alemania Occidental es la sede del militarismo y revanchismo. Resulta ironía cuando uno ve de este lado de Berlín a muchachos que muchas veces no pasan de 15 años uniformados y armados.

El control de la estación Friedrichstrasse es tan riguroso —así lo dicen ellos— como cualquier frontera de un estado soberano. Hay un puesto especial para los extranjeros donde cada pasaporte es minuciosamente estudiado fuera del alcance de nuestros ojos. Claro que nada de esto iguala al escrutinio de las vías de acceso a Berlín cuando se viene de la República Federal. Lo más gracioso del caso es que estos escrutinios son hechos, jurídicamente, por una autoridad inexistente, por los comunistas alemanes. Los camiones militares americanos que pasan a nuestro lado camino de Marienborn, son controlados por el puesto de vigilancia ruso, señor oficial de la Zona Soviética alemana. Nosotros, pobres civiles, hemos de dejarnos quemar por un sol que oficialmente no existe, pues oficialmente estamos todavía en invierno. A la ida hacia Berlín nuestro autobús fue detenido dos horas en el control de entrada a la Zona Soviética —ellos la llaman la República Democrática Alemana— y media hora en la entrada a Berlín. A la venida, nos costó tres horas salir de Berlín y otra hora más entrar de nuevo en la República Federal. Habíamos sido advertidos de no llevar en nuestro equipaje ninguna propaganda o prensa de Berlín Occidental. Mi maleta venía atiborrada de cosas del Berlín Oriental, pero esas no eran peligrosas. Todavía durante la espera una vendedora de revistas penetró en nuestro autobús a vendernos más propaganda

comunista, casi siempre bellamente editada. La misma aproximadamente que se ve en los quioscos de Montevideo, de México, de Quito.

TRAS EL MURO HAY PERSONAS.

Mi intento de trabar relaciones humanas con los del otro lado no siempre resultó infructuoso. En las tres horas de espera y en los numerosos controles, hubo ocasión de establecer contactos. Sin otra pretensión que hacer un poco más llevadera la suerte de tantos prisioneros, armados o no; al fin y al cabo ellos tenían una suerte peor que la nuestra. A nosotros nos bastaba dejarnos molestar una vez en cada control, pero ellos tenían que pasarse todo el día en la ingrata tarea de hacer las horas un poco más insufribles a todo el mundo, de hacerles sentir que aquello era una verdadera frontera de un estado soberano. Al que ha viajado por Europa, sin detenerse siquiera en las fronteras, o por nuestra misma América donde las fronteras se hacen sentir pero no tanto, le entran tentaciones de llamar a este pseudoestado el estado más soberano del mundo.

Esta sensación de estar cerrados bajo llave y la posibilidad de que algún día las puertas se cierren del todo, me hizo aprovechar con avaricia mis cinco incursiones al Berlín Oriental en el espacio de seis días de visita. Berlín Occidental con toda su tragedia, con toda la belleza de su resurgimiento artístico, económico, cultural, no tenía atractivo para mí. Me sentía fascinado por el otro lado del muro. Hasta por la paradoja de que yo, ni comunista ni simpatizante, pudiera libremente ir y venir de acá para allá, mientras veía por las aceras o pegadas al muro las coronas o las placas defuntorias de otros que intentaron hacerlo y lo pagaron con su vida. Era emocionante ver que nadie disparaba sobre mí, y que me dejaban pasar con sólo un poco de desconfianza.

La dama entrada en años que hemos parado en la calle para preguntarle por un café nos explica que en la Karl-Marx Allee (se llamaba avenida de Stalin, pero la era de Stalin ya pasó...) no es cierto que todos los suntuosos apartamentos sean habitados por obreros, que ella sí tiene radio y que oye naturalmente las estaciones de Occidente, que hasta reza cada día por el Canciller Adenauer, ese peligroso militarista que mientras hablábamos estaba cumpliendo 87 años (era el 5 de Enero de 1963). En uno de los Economatos "socialistas" de esta calle ancha de la libertad me sorprenden los precios de los artículos, tres y hasta cuatro veces el de unas aceras más allá, pasando el muro. La mesera de una de los cafés "propiedad del pueblo" en que entramos, nos pide con todo descaro que le demos cigarrillos. Se los damos, y nos rebaja dos marcos de la cuenta a la hora de pagar. Queremos escribir tarjetas por el gusto de que nuestros amigos filatélicos puedan

añadir a su colección la efigie del curioso hombre con barbita de chivo que se llama Ulbricht. Me he dejado el bolígrafo en casa y se lo pido a un Volkspolizist. Un poco sorprendido me lo da. Es jovencísimo, unos 17 años. Ese mismo ¿podrá mañana disparar sobre un anciano o un joven que intenta pasar a nado las heladas aguas del Spree? ¿O hará caso a las pancartas que ha instalado Willy Brandt, el alcalde berlinés, en puntos estratégicos, con tres palabras conmovedoras "Ich ziehe daneben"? Yo apunto hacia un lado, o en mejor castellano, "yerro, a propósito, el blanco". En la Bernauer Strasse, uno de los puntos en que el muro es más dramático, nos miramos fijamente el Vopo y yo. El del otro lado, yo en Berlín Occidental en aquellos momentos. El, armado hasta los dientes, en una especie de torrecilla de madera, enfundado en sus gruesas ropas de invierno. Yo, desde otra plataforma del otro lado del muro. Luego café en la cuenta de que no me miraba a mí. Sobre mi cabeza había uno de esos letreros "Apunto hacia un lado". La recomendación que desde Occidente se les hace cuando se vean obligados a disparar: que apunten mal. Aquel joven llevaba horas de guardia meditando aquel letrero, donde se le veía a él mismo, de uniforme, en gallarda y humana posición de alerta.

EL MURO DE LA VERGUENZA OCCIDENTAL.

La vida cultural del Berlín tradicional de la Isla de los Museos, de la Ópera y los Teatros, está toda impregnada de comunismo. Ellos no perdonan prenda. Hasta en el Museo de Pérgamo han cambiado pacienzudamente todas las fechas para no decir: año 10 antes de Cristo, sino antes de nuestro tiempo. Con la tenacidad con que en Occidente tenemos que digerir una serie de baladronadas sobre la Coca-Cola, la Crema Colgate, o cualquier marca de cigarrillos, tiene uno que engullir allí unas cuantas lecciones de marxismo antes de poder entregarse al placer estético del teatro de la Ópera. Fuí a un teatro para niños. Se representaba un bello cuento ruso. Era una preciosa balada, pero rusa, no en vano se llamaba el local "Teatro de la Amistad". Aquellos niños que antes de entrar pasaron como yo por verdaderos museos de erudición marxista en forma de placas, banderas, slogans, parecían tan felices como los niños de cualquier parte del mundo, como los que contemplé en el aeropuerto de la Habana en un fugaz aterrizaje a fines de abril de 1962. Empuñaban banderitas cubanas en un mano, alzaban el puño cerrado de la otra, cantaban la internacional. Todo igual allí, sólo que en Español.

La Exposición sobre Cuba, estupendamente preparada, era otro vivero de niños y jóvenes. Se veía que eran grupos escolares cerrados los que la visitaban. Mi carnet de estudiante de Colonia hace que me concedan el precio reducido

como a toda aquella chiquillería. Con ellos voy digiriendo todas aquellas "verdades" sobre Cuba, mezcladas con mentiras, con medias verdades a media luz.

Entonces sentí de veras la tragedia del muro. El muro estaba aquí. Una juventud que se forma en una "verdad" que para nosotros es una mentira. Un mundo que analiza despiadadamente nuestro simulacro de verdad, esas que ni a nosotros mismos nos convencen. ¡Qué bueno un paseo por Berlín Oriental, con toda su mentira y su propaganda, para abocar, de vez en cuando, muy frecuentemente a veces, una gran verdad sobre nuestras miserias, que ellos analizan mientras nosotros dejamos en la sombra! Sería ridículo y suicida exagerar esta consideración hasta el punto de dar la razón al enemigo. A un enemigo que hasta ahora sólo ha ganado de veras una sola batalla en un campo en el que el Occidente, le sigue como un niño, como un aprendiz: el campo de la propaganda. Hasta uno mismo, que puede pensar por cuenta propia, se siente impresionado ante la multitud, la profundidad y sobre todo la tenacidad de los motivos, y termina preguntándose: pero ¿será posible que no tengan razón?

Ceder en este terreno es mayor suicidio que dejar los cohetes en Cuba. Y sin embargo...

Durante la conferencia de Punta del Este, hace ahora casi un año pude visitar el sótano del Hotel San Rafael, lugar de las reuniones de los ministros. Era una colmena de máquinas de escribir, de teletipos, eran todas las redacciones de los periódicos destacados para la conferencia. Las Agencias Informativas tenían también su sede allí. "Prensa Latina", la comunista, al lado mismo de la United Press. A ambas les suministraba el núcleo de noticias la American Wireless. Luego Prensa Latina las elaboraba en tinta roja. La "Revista Internacional" del comunismo, unas 110 páginas mensuales en 20 por 26 cm., no se edita en Uruguay. Se edita en español y en otras 20 lenguas extranjeras en una imprenta de Praga. El negocio de llevar esos voluminosos

paquetes hasta Montevideo, México, es un negocio seguro, mensual. Son muchos metros cuadrados en la bodega de un barco. A ese negocio no renuncian los barcos del mundo libre que son los que de hecho lo transportan; los que nos llevan el muro a cada nación de América.

Ellos defienden la mentira con una tenacidad digna de la verdad. Nosotros apuntalamos nuestra verdad con una flaqueza digna de la mentira. Y mezclamos nuestra verdad teórica, con tantas mentiras prácticas, que la verdad no brilla.

Por aquí corre el muro de la vergüenza.

Ese muro que no caerá por la presión de las armas, porque no lo levantan ni lo abaten las armas, sino la voluntad de un sistema de no dejar que el otro penetre en sus reales, de hacer que la lengua de un lado sea ininteligible para el otro. El alemán de ambos lados del muro, con significados ya distintos, sólo en 17 años de propaganda, de odio... en el cual ambas partes tiene alguna culpa.

Cuando volví a Berlín Occidental, en los quioscos se veía la pintura de un bonachón, anciano, un poco grueso, con un título en inglés sobre el ángulo superior de la portada. "MAN OF THE YEAR". El hombre del año. "Time" declaraba a Juan XXIII el hombre del año 1962. El hombre que logró sin grandes argumentos, que comenzara un deshielo en la cristiandad. Estamos preparados para deshelar el odio comunista a base de amor cristiano. ¿No hemos cedido a la propaganda y aprendido a odiar? ¿No hemos tragado ya la píldora más venenosa del comunismo? Cuando todas las lenguas se hayan confundido en esta inmensa Babel de la Propaganda, cuando ya nadie se entienda, vencerá aquel que más sepa amar y más sepa sonreír, porque amor y sonrisa son lenguaje universal. Casualmente el lenguaje que nos enseñó Cristo.

Berlín, 1963.

J. M. Ruiz.

